

¿Quién hay pues, oh fieles!  
que con tal derecho  
reclame de hecho  
nuestra devoción,

Cómo esa bendita  
y amable Señora  
que de su hijo implora  
nuestra salvación?

Seamos por siempre  
sus fieles devotos;  
que así nuestros votos  
piadosa oirá;

Y los enemigos  
terrible venciendo,  
en el día tremendo  
nos defenderá;

## NUESTRA SEÑORA DE LA GRANJA,

EN YUNQUERA,

PROVINCIA DE GUADALAJARA.

El devotísimo Padre San Bernardo, que empleó su pluma en tributar justas alabanzas y merecidos elogios á la bellísima Virgen de Israel que siendo Madre de Dios por un Misterio es Madre de los humanos por otro, la compara á la estrella de Jacob, diciendo que sus rayos iluminan el Universo, que brilla en las alturas y en las profundidades, en los cielos como en los abismos, que su resplandor arraiga las virtudes en los corazones, destruye los vicios y calienta las almas mas que el Sol los cuerpos. Por esto dirigiéndose á los náufragos, es decir, á los pecadores, verdaderos náufragos en el proceloso mar de las pasiones mundanales, les dice con su elocuencia y dulzura acostumbrada y que caracterizan todos sus escritos: «Si os viereis amenazados de tempestad, no apartéis vuestra vista del resplandor de esta estrella. Si la tentacion os estrecha, mirad á esta estrella, invocad á María. Si la avaricia, la ira ó la concupiscencia, tratan de apoderarse de vuestro corazon, mirad á María... Si os turbasen los crímenes con su horrorosa magnitud, la conciencia con sus remordimientos, el juicio con sus terrores, el infierno con sus tormentos, y el abismo con su desesperacion, mirad á esta estrella, invocad á María.

Este bellissimo consejo parece que está grabado en el fondo de todos los corazones católicos. Véase el cristiano en el fondo de un calabozo espiando delitos á los que le arrastró un momento de imprevision; conoce su error, lo llora y lo lamenta: pero ¿A quién cuenta sus cuitas? ¿Con quién desahoga su corazon? ¿A quién acude en medio de su afliccion? A la brillante estrella cuyos benéficos resplandores penetran en todas partes, á María que es el consuelo de los afligidos: invoca su nombre, y á través de sus desgracias experimenta dulzuras que le hacen llevaderos sus trabajos. Sobreviene en un pueblo cristiano una de esas calamidades que combaten de continuo á la mísera humanidad; una tempestad, un incendio, una desgracia de familia, una catástrofe de esas que siembran el pánico en los pueblos, y en el momento resuena por los aires el nombre de María. Lo hemos dicho mas de una vez y nos complacemos en repetirlo: esto no es para nosotros ni para ningun hombre pensador un fenómeno inexplicable. María todo lo puede por gracia, porque es Madre de Dios: María quiere todo el bien posible para nosotros porque es Madre de los hombres. ¿Podremos añadir algo que hable con mas elocuencia al corazon humano? Desde el momento en que la Santísima Virgen subió á los cielos, y fué coronada por la Trinidad Beatísima, Reina de los ángeles y de los hombres, su ocupacion, como ella misma manifestó á su sierva Santa Brígida, es pedir gracia por los miserables hijos de Eva. La humanidad viene experimentando la verdad de esta revelacion, y mil acontecimientos prodigiosos hacen callar á los ilusos que encuentran motivos de sarcasmos en la ilimitada confianza que en el Patrocinio de la Santísima Virgen fundamos los cristianos.

Venimos haciendo una sucinta reseña de las imágenes célebres de María que en España son objeto de la mayor

veneracion, por su origen, ó por los repetidos milagros que las han hecho adquirir justa fama y celebridad. Con sentimiento tenemos que dejar de hablar de algunas de ellas, por no permitir otra cosa los límites de esta obra, pues si le diéramos mayores proporciones no estaria al alcance de todas las fortunas su adquisicion, y nuestro objeto al escribirla no es otro que sustituir con piadosas lecturas asequibles á toda clase de personas esos libros que engalanados con pomposo estilo, presentan un mortífero veneno para la moral y las buenas costumbres y que por ser libros de poco volúmen, pueden por su reducido precio entrar con la misma facilidad en el albergue del pobre que en los palacios de la grandeza.

Vamos á ocuparnos ahora de una tradicion que forma las glorias de un pueblo que hemos visitado, y que se distingue no menos por la piedad que por la honradez de sus vecinos. Este pueblo es Yunquera, en la provincia de Guadalupe. Invitado mas de una vez para ensalzar desde la cátedra del Evangelio las glorias de su Patrona la Virgen Santísima, venerada en su imagen llamada de la Granja, hemos tenido necesidad de informarnos minuciosamente del origen de aquel bello y milagroso simulacro, con el objeto de satisfacer la justa espectacion de los que habian honrado nuestra pequeñez é insuficiencia. Existe una respetable tradicion que en todas las familias se refiere de padres á hijos, y que aquellos piadosos habitantes cuentan con el mayor entusiasmo á los forasteros que los visitan. Esta tradicion tiene mucha autoridad por lo general que es en todas las familias: si preguntamos á los jóvenes, la han oido de sus padres; si á estos, la escucharon de los suyos: de este modo la tradicion sube hasta su origen. Sin embargo sentimos que ningun escritor (que sepamos) se haya ocupado de

esta imágen, cuya aparición y milagros se conservan tan solamente en manuscritos cuyas copias vienen multiplicándose á través de los tiempos. No darémos pues á nuestro relato otra autoridad que la que pueda darse á una tradicion popular, que para nosotros tiene mucho valor.

De cuanto hemos podido averiguar acerca de esta prodigiosa Imágen, creemos que su antigüedad data de los primitivos tiempos del Cristianismo, y que fué una de las muchas que la piedad de los fieles escondieron en las entrañas de la tierra, cuando la invasion sarracena, para evitar fuesen profanadas por los enemigos de nuestra religion augusta y sacrosanta. A creerlo así nos obliga su aparición milagrosa, no pudiendo fijar la fecha de este suceso que lastimosamente se ha perdido en la oscuridad de los tiempos y tal vez por un reprehensible y lamentable abandono.

Cuenta la tradicion que existía en Yunquera un pastor llamado *Bermudo*, cuya piedad era tan conocida de todos que gozaba reputacion de santidad, y era mirado con veneracion por cuantos le conocian y trataban. Sin desatender su obligacion de guardar el ganado que se confiaba á su cuidado, elevaba su corazon á Dios en el gran templo que forma la naturaleza y que canta con mudo pero elocuente lenguaje la gloria del Criador, y cuando iba al pueblo, antes que ninguna otra cosa visitaba la iglesia, donde al pié de los altares elevaba al cielo la mas fervorosa oracion. Las obras de misericordia eran su ocupacion mas agradable: visitar los enfermos, consolar los afligidos, y compadecer todas las necesidades que por su pobreza no podia socorrer, eran las obras que todos admiraban en él. Su semblante era dulce al par que severo y jamás salía de sus lábios una palabra ociosa. No tenía otra instruccion que la que es propia de los que nacidos, digámoslo así, en el campo y ocupa-

dos en la guarda del ganado no han frecuentado escuelas: sin embargo la reputacion de hombre de gran virtud que gozaba, hacia que todos escuchasen sus palabras como oráculos, y sus conversaciones eran siempre de Dios y de las cosas santas: la lengua con que alababa al Sér Supremo jamás se empleó en la murmuracion; no cabía tal pecado en el que estaba abrasado en el fuego de la caridad. Cuando llegaba la noche, en vez de entregarse al reposo como los demas pastores, rezaba el rosario á la Santísima Virgen y movido por interior impulso subía á lo alto del monte donde está hoy edificada la ermita de la imágen que nos ocupa: allí se entregaba á la oracion y á la práctica de sus devociones. Dios que se comunica á las almas sencillas, colmándolas de favores, le hacia experimentar grandes consuelos en aquel sitio, como no los experimentaba en ninguna otra parte de la Granja, que por este nombre era conocido todo aquel campo en el que cuidaba del ganado, y que estaba lleno de zarzas.

Dios que elige cuando es su voluntad las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes, y que se complace en elevar á los humildes al tiempo mismo que mira con desden á los soberbios, escogió al pastor Bermudo con preferencia á ningun otro para hacer ostentacion de las maravillas de su poder. En sus altos é incomprensibles juicios quiso dar al pueblo de Yunquera una prueba especial de su predileccion en la donacion de una hermosa Imágen de su Madre, estrella venturosa por cuya luz guiados los habitantes de aquel pueblo pudieran dirigirse por los rectos caminos de la salvacion.

Llegó la hora feliz de los primeros anuncios: la noche habia estendido su negro manto sobre la tierra: reinaba en aquellos campos un silencio que solo era interrumpido por

el balido de alguna oveja, ó el ladrido de los perros que fieles á su consigna vigilaban el ganado para evitar la sorpresa de algun lobo. La azulada bóveda del firmamento se presentaba admirable, tachonada de brillantes estrellas. ¡Todo cantaba las glorias del Criador! ¡Todo convidaba á elevar el corazon á Dios! A Bermudo le era familiar el ejercicio de la oracion: aquella noche cuya fecha deseáramos saber, se sintió el devoto pastor mas enfervorizado aun que de costumbre: su corazon latia con violencia, sin saber darse cuenta de lo que por él pasaba: las lágrimas corrían por sus mejillas, y de vez en cuando dejaba escapar hondos suspiros.

Tal vez meditaba en la pasion y muerte del Redentor de la humanidad ó en los continuos beneficios que esta recibe cada dia por la mediacion de la Santísima Virgen María, cuando acertó á levantar la vista de la tierra donde la tenia fija, dirijiéndola hácia el sitio en que hoy está la ermita y á donde mas espesas eran las zarzas. La vision que se le presentó le dejó como atónito y fuera de sí. Entre las zarzas vió algunas luces que la iluminaban. No supo que pensar. Tenia en su humildad formado muy bajo concepto de sí mismo y lo que menos podia creer que aquello fuese una manifestacion del cielo á él dirigida. Sin embargo temió por mas que nada comprendiese y se retiró á un lugar mas distante con su ganado.

Aquella noche no pudo Bermudo cerrar sus ojos: su imaginacion ni por un momento se apartaba del suceso: dábanle impulsos de ir á reconocer por sí mismo el sitio donde habia visto las luces, pero el miedo le detenia: no creia que pudiese sucederle mal alguno, pero de sus deseos triunfó la cobardía.

Los primeros rayos del monarca de los astros vinieron á

disipar las tinieblas de la noche: la naturaleza apareció risueña: las flores empezaron á exhalar su delicioso aroma, y las aves saltando por el espeso follaje y entonando trinos armoniosos saludaban á su modo al Rey de la creacion. Bermudo se dirigió al pueblo; sus habitantes habiendo pagado el tributo del sueño á la naturaleza habian abandonado sus hogares, para entregarse cada cual á sus ordinarias tareas. El piadoso pastor refirió con la mayor sencillez lo que le habia ocurrido. Sucedió lo que no podia menos de suceder. Cuantos le oyeron hicieron objeto de burla su relato: sabian que era hombre virtuoso, é incapaz de mentir, y si por esta causa no creyeron que trataba de ilusionar con una patraña, juzgaron que era un delirio de su fantasia: quien le decia que el miedo le hacia ver visiones, quien que habia soñado tomando por realidad el sueño.

La impaciencia ni el disgusto se apoderan jamás de las almas verdaderamente cristianas.

Bermudo calló y no costestó cosa alguna á los que se habian burlado de su narracion, y su semblante permaneció tranquilo.

Nada le importaba desagradar á los hombres, siendo su único anhelo el agradar á Dios: fuése á la iglesia, donde asistió con la mayor devocion al santo Sacrificio de la Misa, y con la tranquilidad que siempre acompaña al varon justo volvió al campo, y al cuidado del ganado cuya custodia le estaba confiada.

Cuando se dirigia al campo formó la resolucion de reconocer por sí mismo el sitio donde habia visto las luces. Asi lo hizo pero no encontró novedad alguna.

Lleno de confusion quedó Bermudo al no encontrar señal alguna de lo que habia visto y asi casi llegó á persuadirse que todo habia sido ilusion de su fantasia. Sintió no

haber tenido resolución la noche anterior para cerciorarse de la verdad y determinó hacerlo la siguiente si se repetía el suceso.

En efecto: llegó la noche. Bermudo como de costumbre entregóse á la oracion y otros ejercicios devotos, dirigiendo al Señor en la sencillez de sus palabras plegarias tan humildes como fervorosas. El prodigio de la noche anterior se repitió: miró el pastor hácia el mismo lugar en el que habia visto las luces, y observó un resplandor mucho mayor que el anterior y en tal término que parecia salir de aquellas zarzas una fuente de fuego. No obstante la resolución que habia formado de reconocer aquel lugar si el prodigio se repetía, apoderóse de él un temor aun mucho mayor que el que le habia hecho alejarse la pasada noche. No creia que pudiese sucederle mal alguno, pero no se atrevia á dar un paso hácia delante. Discurría si seria aquello fuego natural, ó cosa prodigiosa y al preguntarse á sí mismo: ¿Qué es esto que estoy mirando? oyó una voz que salía del centro de aquel resplandor y que clara é inteligiblemente pronunció estas palabras: *Bermudo llama*. Lleno de sencillez é inocencia apenas se repuso de la turbacion que la voz le causara, creyó que lo que se le daba era un aviso para que estinguiese aquel fuego que por creerlo entonces natural juzgó podia acrecentarse y causar grandes estragos. No muy lejos de aquel lugar habia una fuente y Bermudo determinó ir á ella para traer agua: empero no habia andado muchos pasos cuando conociendo la imposibilidad de llevar á cabo su propósito por no tener vasija alguna en que recoger y conducir el agua, se detuvo. Meditó un momento y no volvió atrás, pero al dirigir de nuevo su vista hácia la zarza, el resplandor habia desaparecido y todo estaba en tinieblas; las naturales de la noche se presentaron tambien en toda su

densidad, de suerte que nada se veia en medio de aquellos campos.

Nuevas confusiones turbaron al pastor que no podia comprender como tan repentinamente habia podido estinguirse todo aquel fuego. Dirigióse con paso lento al lugar donde tenia el ganado y acostumbraba á pasar la noche. El sueño huyó de sus ojos, sin saber darse cuenta de lo que por él pasaba. Antes de amanecer quedó dormido aunque por breves momentos, y entre sueños le pareció que veia venir mucha gente que de todas partes acudia á aquel sitio, y que postrados en tierra reverenciaban aquel lugar donde habia visto los resplandores.

Apenas el Sol empezó á estender sus dorados rayos sobre la tierra disipando las tinieblas de la noche y vivificando la naturaleza, Bermudo dejando el ganado se dirigió al pueblo, con la firme resolución de noticiar al cura y á la justicia el suceso.

Habíase divulgado por toda la villa lo que Bermudo habia referido el dia anterior, lo que fué causa de que apenas le vieran llegar al pueblo salieran á él muchos, preguntándole con risas si traia alguna novedad que referirles. No hizo caso alguno el pastor de lo que le decian ni paró mientes en las burlas de algunos de ellos. Firme en la resolución que habia formado, dirigióse á la iglesia, donde postrado ante el Santísimo Sacramento hizo fevorosa oracion, suplicando al Señor se dignase darle á comprender el significado de la vision que por dos noches continuadas habia experimentado: dirigiéndose despues á la Santísima Virgen de la que era muy devoto, impetró su proteccion y amparo dirigiéndole humildes plegarias para que intercediese en su favor. A cada súplica creia escuchar la misma voz que habia oido en el campo y que le repetía: *Bermudo llama*. El no

entendía el sentido de esta palabra, pero hecha ya la primera diligencia, á la que él creía deber atender, cual era la de acudir á Dios por medio de la oracion, fué en busca del Párroco al que con la mayor minuciosidad refirió el suceso.

Conocía muy bien el cura las virtudes y la sencillez de Bermudo y le oyó con la mayor benignidad. Al principio creyó como los demas que todo aquello no podria pasar de un sueño ó una simplicidad: pero á poco fijando su imaginacion en el suceso, pensó si podia ser alguna cosa extraordinaria. Tal vez recordó aquellas palabras de los libros santos: *Dios elige las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes*. Ofrecióse á ir con el pastor al lugar que le decia, y le dijo avisase á los individuos de justicia por si querian tambien asistir en compañía de ellos para registrar y observar las señales que hubiese dejado el fuego.

No se negó la justicia de Yunquera á esta peticion y todos reunidos salieron al campo guiados por el pastor que les mostró el lugar donde habia visto las noches anteriores el resplandor. Todo se registró con la mayor escrupulosidad pero no apareció señal alguna de que tal fuego pudiese haber habido. Reprendieron asperísimamente al pastor no tanto porque creyesen habia tratado de engañarles sino juzgando habia sido burla de algunos otros pastores que conociendo la simplicidad de Bermudo, habian determinado divertirse con él y atemorizarle. Pésame, dijo el cura, que por creeros á vos hayamos hecho un desacierto en venir á ser testigos de vuestra locura. Con esto se retiraron y el pobre pastor quedó avergonzado, aunque con esperanza de que Dios aclararia el misterio y todos se convencerian de que él no habia pretendido engañar á nadie. Todo aquel dia le empleó Bermudo en rogar á Dios volviese por su crédito.

Apenas llegó la noche se dirigió al lugar donde en las anteriores habia visto las luces y allí rezó el Rosario y las demas devociones que acostumbraba. Despues lleno de confianza en que Dios volveria por su reputacion, miró atentamente al sitio donde se le mostraba la vision. Nada vió al principio, pero volvió á instar en la oracion y á dirigir nuevas súplicas al cielo.

Dios quiere que la criatura sea perseverante en la oracion y se da por obligado á un ruego continuado. Así oyó benigno las peticiones de Bermudo, y determinó satisfacer sus piadosos deseos, haciendo aparecer á su vista las mismas luces de las noches anteriores que se presentaron aun con mayores resplandores, de suerte que parecia que la Granja toda se habia convertido en un volcan.

Imposible es describir toda la alegría que se apoderaria del corazon de Bermudo, el cual puesto de rodillas tributaba á Dios las mas fervorosas gracias por este nuevo favor que le dispensaba. Ofreciendo estaba este homenaje de gratitud cuando salió una voz de la zarza, que le dijo: *Bermudo llama*, y entendiendo ya de otra suerte el sentido de estas palabras, comprendió que no se le queria decir que aquello era una llama de fuego, sino que llamase á algunas personas del pueblo para que presenciasen el prodigio. Sorprendido al escuchar la voz, y recordando las anteriores burlas de que habia sido objeto, respondió sin saber á quien, pues ignoraba de donde procedia la voz: «¿A quién he de llamar?» Y en seguida oyó esta contestacion: «A los mismos que te acompañaron esta mañana.» Aun se atrevió á replicar el pastor:—«¿Cómo habrán de creerme, cuando están en la inteligencia que cuanto digo es desvarío y engaño? Me volverán á tratar con aspereza, á injuriarme y se negarán á venir, escarmentados por el suceso de esta maña-